

Roldán sigue pidiendo auxilio. Brota la sangre de su boca, se le hinchan las sienas; el eco de su bocina resuena á treinta leguas de distancia. Carlos vuelve á escuchar, y con él todos los francos.

—Roldán nos está llamando—observa el duque Naimo—y el que lo niega es traidor. Armaos, Señor! lanzad otro grito de guerra, acorred á los vuestros que están en peligro! Ya oís la triste llamada de Roldán.

Carlo Magno ordena que se disponga la hueste para la batalla y retrocede en su marcha; pero antes de emprender el movimiento, entrega á Galalón á sus palatinos para que lo encadenen como fiera y lo custodien hasta la hora del castigo.

El furioso galopar de los caballos y los agudos sonos de las trompetas del ejército franco, que responden al eco cada vez más doliente de la bocina de Roldán, hieren las altas montañas, los tenebrosos y profundos valles, los rápidos y mujidores torrentes, y Roldán, desde aquel valle de desolación, tiende la mirada á los montes y á los arenales, sembrados de cadáveres, y llora á sus compañeros difuntos, exclamando:

—Nobles barones: Dios tenga piedad de vosotros y haga descansar vuestras almas cabe las santas flores del Paraíso! No hubo jamás mejores vasallos que vosotros durante los años que sin tregua me servisteis y que tan valiosas conquistas acabasteis. ¡Tierra de Francia, muy dulce eres; mas hoy, cuán grande es tu soledad y tu ruina! Barones francos, por mi culpa morís, sin que me sea dado valeros ni salvaros! Que os valga Dios, que no desampara á los suyos! Oliveros, hermano mío, no debo abandonarte. De dolor moriré si aquí no perezco. Amigo mío y compañero, volvamos al combate!

Perecen en la refriega á manos de Roldán los mejores y más celebrados sarracenos y el hijo único de Marsilio. El rey de Zaragoza, herido también, huye atropelladamente con los suyos; mas el Califa etíope, deudo de Marsilio, ocupa su lugar con innumerables y feroces hordas, tiende la mirada por el campo cristia-

no, elige su presa, hostiga á su corcel, enristra la lanza y va á clavarla, traidor, en la espalda de Oliveros. El hierro rompe las mallas del arnés, atraviesa el cuerpo, y asoma por el pecho su punta ensangrentada.

—Buen golpe! —exclama triunfante el etíope:—en ti vengo á todos los que hemos perdido.

Revuelve su caballo Oliveros, blande la espada y la deja caer sobre la cerviz del Califa, á quien derriba muerto. Cunde el espanto y la consternación entre los suyos, que perecen á miles á los golpes de aquel hierro vengador; pero sintiéndose desfallecer, llama á su lado á Roldán. Aproxímasele el conde, y al ver su rostro lívido, al notar que la sangre sale á borbotones de sus heridas, queda por algunos instantes inmóvil y como clavado en su corcel, mientras Oliveros, con la vista turbada ya por la agonía, se dirige á su encuentro, y creyendo ver en él á un contrario, le descarga una cuchillada tan fiera, que le hiende el yelmo de oro. Reconocido su error, abrázase tiernamente: descalba Oliveros, humíllase en el polvo, confiesa en alta voz sus culpas, cruza las manos, que tiende hacia el cielo, ruega á Dios que le abra el Paraíso, que bendiga á Carlo Magno, á Francia la dulce, y á Roldán sobre todos los hombres, y luégo le desfallece el corazón, dobla la frente, y cae sin vida de cara al suelo.

Dolor inmenso anuda la lengua de Roldán al ver muerto á Oliveros... Todos los francos han perecido! todos, exceptuados el arzobispo y Gautier, el cual baja por las escarpas del monte acribillado á lanzadas. Galopa Roldán á su encuentro, y le grita:

—¿Qué es de tu gente?

—Muertos todos—responde el caballero;—mas no me culpes. Si me alejo de aquel campo de desolación, es para morir á tu lado.

Roldán desgarrá su túnica y venda con ella las heridas de Gautier, y con él y con el Arzobispo vuelve al combate. Cincuenta mil sarracenos les hacen frente. Sin osar aproximárseles, les arrojan lanzas, venablos, dardos, flechas, picas. Muere Gau-

tier: Turpin, aunque mal herido, sólo cae en tierra cuando le matan el caballo, pero álzase al punto, busca á Roldán, corre á su encuentro, y exclamando: No soy vencido! se arroja de nuevo sobre los infieles.

Bravamente se defiende Roldán; pero ansioso de ver si el Emperador llega, vuelve á tocar la bocina, mas los sonidos del marfil salen débiles y apenas son percibidos. Óyelos no obstante Carlo Magno y manda acelerar el paso, y ordena que suenen á una todos los clarines del ejército.

Los paganos lo escuchan con terror. Es menester concluir con Roldán. Cuatrocientos sarracenos de los más esforzados, bien cubiertos con sus yelmos y armaduras, se disponen á presentarle decisiva batalla; pero sin esperarlos el conde, se adelanta hacia ellos: y el arzobispo le sigue. Nuevamente rotos y dispersos los agarenos por el irresistible brazo de Roldán, exclaman consternados: — Desdichados nacimos! La jornada de hoy nos ha sido funesta: hemos perdido nuestros señores y nuestros pares, y Carlos vuelve con sus grandes huestes. Resuenan las vibrantes trompetas de Francia y sus ominosos gritos de guerra! No hay quien pueda vencer al conde Roldán. Hirámosle de lejos, y perezca así.

Dicho esto, retroceden, y hacen llover sobre Roldán toda suerte de armas arrojadas, con las cuales le rompen el escudo y le desguarnecen la armadura, mas no logran herirle. Pero al fin su corcel cae acribillado de dardos, y los infieles, al ver en el suelo á Roldán y siempre terrible y sembrando do quiera la muerte, huyen espantados de aquel sobrenatural valor. Al verse él libre de enemigos, se acerca al arzobispo, que yace moribundo, le desenlaza el yelmo de oro, le desabrocha la blanca y ligera cota, le rasga el jubón y le venda con sus girones las anchas heridas. Estréchale contra su pecho, y blandamente le tiende sobre la hollada hierba. Recorre luego monte y llano recogiendo piadoso los cuerpos de los Pares, sus compañeros, á quienes uno tras otro deposita junto á los piés de Turpin. El

arzobispo les da su postrera bendición. Roldán encuentra por fin el cadáver de Oliveros, llega con él vacilante y lo tiende al lado de sus compañeros sobre un escudo. Turpin llora conmovido, le absuelve y le bendice, y Roldán exclama:

— Noble compañero mío, hijo del poderoso duque Reniero, que tuvo en feudo hasta el valle de Rivière: jamás hubo en la tierra mejor caballero que tú para romper lanzas, destrozarse escudos, desguarnecer cotas, aconsejar lealmente á los buenos, acabar con los traidores y con los cobardes! — Y rompiendo en amargo llanto, se le descoloró el rostro y desmayó su corazón.

El arzobispo, haciendo un supremo esfuerzo, se incorpora, toma la bocina para traerle en ella agua del arroyuelo que alegra á Roncesvalles, da dos ó tres pasos tambaleándose, vacila, y cae con las ansias de la muerte. Al volver en sí Roldán, le ve separado de sus compañeros, haciendo su acto de contrición, levantados los ojos al cielo, cruzadas las manos, y rogando al Señor que le conceda el Paraíso.

Murió Turpin; que Dios le otorgue su santa bendición! Aproxímase á él Roldán, crúzale sobre el pecho las blancas y hermosas manos, y lamentándose á ley de su país, exclama:

— Caballero de noble alcurnia: os encomiendo al glorioso Señor que está en los cielos, y á quien otro hombre no servirá nunca con mejor voluntad. Desde los santos apóstoles no ha existido voz igual para sostener la fe y convertir á los hombres. Que vuestra alma, libre de pena, halle abiertas las puertas del Paraíso.

Despedazado el corazón de dolor, Roldán se siente morir. Toma en una mano su bocina, en otra su Durindana, y se encamina á un cerro donde, á la sombra de copudos árboles, ve unas gradas de mármol. Cae en ellas sin aliento, y al punto un sarraceno, fuerte, hermoso y de gran bravura, que para espiar su fin se había ocultado entre un montón de cadáveres, álzase veloz, se abalanza á él, estréchale violentamente con sus fornidos brazos, y grita soberbio:

— ¡Vencido está el terrible deudo de Carlos! He aquí su espada, que me acompañará á la Arabia!

Y mientras pugna por arrancársela, Roldán que ha abierto los ojos, le dice:

— No eres de los nuestros.

Y dándole con la bocina sobre el casco nielado, saltan al choque las piedras que la enriquecían: el yelmo se hiende juntamente con la cerviz del pagano, y cae éste sin vida á los piés de Roldán. Alzase el conde franco penosamente, desnuda la espada, y triste y sañudo, golpea con ella una dura roca: el acero rechina, mas no se rompe, ni se mella siquiera.

— Santa María, sed en mi ayuda!—exclama.— Duélome en mi triste estado de no poder protegerte, oh Durindana, á ti con quien he ganado tantas batallas y conquistado tantos reinos para Carlos el de la florida barba. No quiero que caigas en poder de un cobarde, ya que tanto tiempo has estado en el de un buen vasallo, y no tienes igual en la tierra de Francia.

Y golpea otra vez la roca, y el acero vuelve á rechinar, mas no se rompe ni se mella. Lastimado de tener que abandonarla, dice entre sí:

¡Durindana, cuán limpia y blanca eres; cómo brillas y resplandeces al sol! En los valles de Moriana estaba Carlos cuando Dios se la envió con uno de sus ángeles para que la entregara á un capitán valiente. El noble y magno rey me la cedió á mí, y entonces le conquisté el Anjou y la Bretaña, el Poitou y el Maine, la libre Normandía, la Provenza y la Aquitania, la Lombardía y toda la Romaña, la Baviera y la Flandes, la Borgoña y toda la Polonia. Constantinopla le rindió homenaje, Sajonia se sometió á su voluntad: le conquisté la Escocia y Gales, Irlanda é Inglaterra, donde tuvo su corte, y le gané muchos otros pueblos que son hoy patrocinio del Emperador. Duélome de tu suerte, oh Durindana; prefiero destruirte á que caigas en poder de infieles. ¡Dios libre á Francia de tal ignominia!

Y blandiendo de nuevo el acero, torna á herir con fiereza

la dura peña, que salta hecha pedazos; mas su espada no se rompe, ni se mella, y parece en algunos momentos como que tiende á remontarse al cielo. Al ver Roldán cuán inútiles son sus esfuerzos para destruirla, blandamente se duele de su propósito, y piensa:

— Durindana, ¡qué hermosa y santa eres, y cuántas reliquias escondes en el oro de tu empuñadura! Un diente de San Pedro, sangre de San Basilio, cabellos de mi señor San Dionisio, y un pedazo de la túnica de la Virgen María! Los infieles no deben poseerte: tú no debes salir de manos de cristianos. Plegue á Dios que no caigas en las de un cobarde!

Roldán siente en su corazón el hielo de la muerte, y se arroja al suelo. Pone debajo de su cuerpo la bocina y la espada, y vuelve la cara hacia los paganos, para que el Emperador y la hueste de Francia le hallen muerto como valiente y conquistador. Luégo, golpeándose humildemente el pecho, exclama:

— ¡Perdón, Señor, en nombre de tu omnipotencia, para todas las culpas que he cometido desde la hora de mi nacimiento hasta el día de hoy!

Y para la remisión de sus pecados tiende al cielo el guante de su mano derecha, mientras los ángeles se ciernen sobre él. De nuevo acude á su memoria el recuerdo de todos los países que ha conquistado: de su dulce Francia, de sus deudos, de Carlo Magno, á quien no tornará á ver; pero dominado aquel instante de flaqueza, vuelve la mirada y el pensamiento á Dios, diciendo contrito:

— Padre nuestro verdadero, que no desamparas nunca, que resucitaste á Lázaro de entre los muertos y defendiste á Daniel de los leones ¡salva mi ánima del peligro á que la han expuesto los pecados míos!

Y tendiendo otra vez á Dios el guante, que San Gabriel recibe, reclina la cabeza sobre el hombro, cruza las manos, y exhala su último aliento. Los ángeles suben el alma de Roldán al Paraíso.

El poeta normando y el romancero castellano coinciden en suponer que Roldán no podía morir á manos de nadie, sino vencido por la fatiga consiguiente á tan preternaturales esfuerzos, y por el dolor de ver tanto estrago.

El trovera que compuso este poema describe luégo con gran viveza la llegada del ejército de Carlo Magno: la violenta explosión del dolor de éste; las piadosas disposiciones que toma para que los cuerpos de sus caballeros muertos no sean profanados; su llanto y lamentaciones sobre el cadáver de Roldán. —Valeroso Roldán, de juventud risueña (exclama), cuando llegue á la capilla real de Aquisgrán, muchos irán á preguntar qué es de ti. Dura y cruel será la respuesta: Mi sobrino amado, les diré, aquel que tantas tierras me conquistó, ha sido muerto. Y entonces los sajones y los húngaros, y los búlgaros, los romanos y los de la Pulla, Sicilia, África y Califernes, y los de otros muchos pueblos, se levantarán contra mí, acreciendo mi pesadumbre. ¿Quién guiará mis huestes al combate si ya no existe el que marchaba siempre á su frente? —Cediendo á los ruegos de los que le rodean, reprime Carlos su dolor, y presencia cómo dan sepultura á los guerreros francos fallecidos, con grandes honores y en fosa bendecida por los prelados y sacerdotes que acompañan al ejército; y cómo dejan sin enterrar á Roldán, Oliveros y Turpin, cuyos corazones extraen y guardan en ricos paños, colocando los embalsamados cuerpos en carros que revisten de lujosos paramentos para llevarlos á su dulce Francia. —Llegan luégo apresuradamente emisarios paganos que declaran la guerra al Emperador en nombre del Emir de Babilonia, cuyo auxilio había implorado Marsilio. —Como aliado y heredero de éste, el pagano Baligant se apresta á vengar su derrota. Viene acaudillando una poderosa hueste: reyes y magnates de diversas regiones, todos adoradores del Profeta y de falsas divinidades, se han unido á él ganosos de vencer al Emperador cristiano.

Este por su parte se prepara á la batalla: señala á cada caballero su puesto: confía la espada de Oliveros y la bocina de Roldán á dos de sus más esforzados barones, dirige al Señor de los ejércitos humilde plegaria, ciñe la milagrosa Durindana, deja suelta sobre la cota, en señal de duelo, su blanca barba, empuña la lanza, abraza el escudo y monta en su corcel, que salva rápido aquellos formidables desfiladeros. —Hállanse los dos ejércitos frente á frente. —Tremenda es la batalla: Carlo Magno y Baligant se reconocen en lo más empeñado de la refriega, acométense furibundos, y después de una porfiada lucha, en la cual permanece entre ambos indecisa la victoria, á la voz del ángel cobra nuevos bríos el herido Emperador, y triunfa del esforzado Emir. —Pronúnciase en todo el ejército la victoria: huyen aterrados los infieles, acorralados como fieras hasta las murallas de Zaragoza: la reina Braminonda, la esposa de Marsilio, contempla desde una elevada torre la dispersión y fuga de los aliados. —¡Acórranos, Mahoma! exclama con acento desgarrador. —Marsilio oye desde su lecho de dolor aquel grito, cúbrese el rostro, vuélvese hacia la pared, el llanto nubla sus ojos, y muere de pesadumbre. —Carlos entra vencedor en Zaragoza, trata con benignidad á los que aceptan el bautismo, pasa á cuchillo á los que lo rehusan, y lleva á Braminonda cautiva á Francia, donde por fin se convierte ella á la verdadera fe. —Dejando bien guarnecida á Zaragoza, emprende á grandes jornadas la vuelta á Francia, llega á Burdeos, depone en ofrenda sobre el altar de San Severo la bocina de Roldán, atraviesa el Gironda, entra en Blaya, coloca en ricos sarcófagos en la iglesia de San Román los cuerpos de Roldán, Oliveros y Turpin, y sin más detención pasa á Aquisgrán, donde convoca á los hombres más sabios de su imperio para que juzguen á Galalón. —Al llegar á su palacio, le sale al encuentro una hermosa doncella que le pregunta azorada:

—¿Qué es de Roldán? ¿qué es del valiente paladín que juró tomarme por esposa?